

PICO DE ORO.

Antonio de Trueba.

Enero de 1871

I

Trabajillo nos costará ahora que estamos en invierno el trasladarnos, aunque sólo sea con la imaginación, a la ciudad de Burgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de Vizcaya donde fructifica el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Burgos es tan fría que allí, cuando el termómetro de Réaumur señala el grado de congelación, exclaman las gentes: «Qué, si tenemos una temperatura primaveral»

Paro ello no hay remedio: hemos de trasladarnos allá si hemos de oír al famoso Pico de Oro que va a predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Burgos.

¿No saben VV. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es, porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar a las mujeres: «¡Jesús, qué pico de oro!»

No sé si habrá más Picos de Oro que uno; pero el de mi cuento era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba a predicar en cualquiera parte, no quedaba pueblo alguno entre la cordillera Cantábrica y la Carpetana de donde no fuera gente a oírle.

II

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Burgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba a predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo, por toda Castilla la Vieja acudían las gentes como en romería a la ilustre *caput castellae*, aunque, como de costumbre, hacia en Burgos un frio que... ya, ya.

¡Para qué quería Burgos capitán general, ni audiencia, ni presidio, ni universidad, ni instituto, ni seminario, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuera más que un sermoncito cada semana!

Pero dejémonos de digresiones y, vamos al asunto. El asunto era que había llegado el gran día, el día en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Burgos.

Veinte catedrales como aquélla, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida a la muchedumbre que se agolpaba a las puertas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose, por entrar a oír al famoso Pico de Oro.

La catedral estaba ya tan llena que al papa-moscas le temblaban las piernas cada vez que salía a machacar en la campana temiendo que la catedral pegase un estallido,

Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillón pontificio colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfacción se exhaló de todos los gznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

III

Como no es cosa de que yo vaya a encajar aquí entero el sermón del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar a conocer su resumen, que los adeptos a la última moda francesa llamarán análisis.

Después de anunciar en el exordio que se proponía encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba la gracia del Altísimo, el predicador entró en materia y fue diciendo lo que en resumidas cuentas vamos a ver.

«Amados oyentes míos: los tormentos del infierno son tales que sólo pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos, los pobres pundonorosos que se casan con ricas necias, los alcaldes de los pueblos divididos por las picaras elecciones, los que en España viven del cultivo de las letras y las artes, los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para coger la sartén del mango, y finalmente, los españoles. »

El auditorio se estremeció de espanto al oír esto, y el orador continuó:

«Ya veis, amados oyentes míos, que en Burgos hace un frío de doscientos mil demonios. Pues el frío que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»

El señor arzobispo pegó un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oír que en el infierno hacía aun más frío que en Burgos.

«Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno, hasta en las alcobas hay colgaduras como éstas.»

El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecía quererle comer vivo, y el público alzaba los ojos al cielo pidiendo al Señor misericordia.

«Si, amados oyentes míos, continuó el famoso Pico de Oro, hacéis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno, porque en el infierno es tan horroroso el frío que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque si no se le hielan a uno.»

Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venía, y el público lloraba de terror y arrepentimiento dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundía.

El famoso Pico de Oro proseguía:

«Para que no creáis que exagero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que allí, hasta cuando a uno le sirven el chocolate hirviendo, para tomarlo hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que le cubre.»

El señor arzobispo echó mano a la mitra para tirársela a la cabeza al predicador; pero conteniéndose y no pudiendo aguantar más en su sillón, se levantó y se fue a la sacristía a tomar un vaso de agua, porque parecía que le iba a dar algo.

En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba a gritos y pedía a Dios que le librase de las penas del infierno.

IV

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria, y al dirigirse a la sacristía hubiera reventado de orgullo a no ser tan modesto, porque todo el mundo exclamaba:

—¡Jesús, Jesús, qué pico de oro!

En la sacristía encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignación.

—¡Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado V. un rato de padre y muy señor mío!

—¿Por qué, ilustrísimo señor? Le preguntó Pico de Oro con mucha calma tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.

—¡Alabo la pregunta! Exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Conque se pone V. a decir que en el infierno hace frío, cuando precisamente sucede todo lo contrario?

—¿Y por eso está incomodado vuestra ilustrísima?

—¡No, que estaré bailando de contento!

—¿No ha visto vuestra ilustrísima el efecto que mi sermón ha hecho?

—Y tres más que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que habiéndole dado a V. Dios tan asombrosas facultades oratorias no saque de ellas todo el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frío en el infierno!

—Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?

—Lo que V. anunció en el exordio: inspirar horror al pecado que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

—¡Ajá! Estamos conformes. Ahora dígame su ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Burgos?

—Frío.

—¿Y qué es lo que en Burgos falta?

—Calor.

—Perfectamente. Pues siendo así, dígame a los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Burgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígameles que en el infierno abunda el frío que en Burgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.

El señor arzobispo alargó la mano al famoso Pico de Oro al oír esto, y exclamó sacando a su vez la caja del polvo y tomando uno de los más morrocotudos:

—¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

Publicado en “El Almanaque de la Risa”.